

arañas. Entre los "educadores" puros, sin mencionar éxitos efímeros como el de Roches y sin referirnos a los clásicos ejemplos ingleses, que proceden de la semilla que dejó en ellos el español Luis Vives, el Conde Tolstoy ha ideado y realizado su ideal de Iasnaia Poliana, y otro español, Giner de los Ríos, ha sembrado por allí semillas que darán al fin sus frutos, como los daban las famosas bellotas de sir Mildway en tiempo de Isabel de Inglaterra.

El que concibió el tipo de colegio interno que debía establecerse dentro del vasto conjunto universitario platense, tuvo en vista, sin duda, no una utopía, ni una formación particularísima y restringida del molde tolstoiano, ni alguno otro confesional o imitado del secular sistema monacal latino, sino uno que tuviese en sus posibles aplicaciones a nuestro medio, todas las ventajas de las mejores experiencias, y se rigiese, en general, por un principio científico dominante, que puede ser el de las leyes didácticas más probadas como la de la espontaneidad del elemento "vida", y en el fondo, estos que los informan a todos: el afecto, la cooperación—el afecto como sentimiento expresivo del núcleo social, la cooperación como la realización primera de lo anterior.

Bueno, y apenas comenzó a vivir y desarrollar sus virtudes y sus defectos, sus hábiles cuanto inspirados directores y maestros, como el experto cosechador, reservaban los buenos granos y separaban los malos, aquéllos para la siembra y éstos para el laboratorio o para el fuego. Los que hubieran podido creer que entre nosotros,—hijos de una raza en la cual aún no se ha acabado de excluir los granos malos,—véanse la observaciones del nuevo *Expectador*, Ortega y Gasset,—era imposible una selección depurativa hasta descubrir y revelar—no crear—el "afecto colectivo",

tienen ahí la prueba de su error, como la tendrían si examinaran con verdadera imparcialidad, en todos los internados, aun los más mercantiles y exclusivos, los cuales demuestran que lo que acostumbran los críticos llamar "defectos de la raza" no son sino errores inveterados de sistema o de métodos.

La República Ulpi, nacida tan espontáneamente como su nombre,—anagrama de su situación:

Universidad

La

Plata

Internado.

es la experiencia más feliz realizada en la Argentina, de una fundación social-educativa, aun dentro de nuestros regímenes oficiales, en la cual se ha combinado el elemento científico, doctrinal y experimental, con el histórico, diremos así, para significar que, aun siendo una innovación, sólo es una "continuidad" de los internados ilustres y beneméritos de Córdoba (Montserrat), San Carlos (Buenos Aires) y Uruguay (Entre Ríos), y también de los religiosos, despojados, por supuesto, de los caracteres especiales de su destino profesional y confesional, para sólo aprovechar de todos ellos la indudable ventaja de la "vida común" entre alumnos, y entre maestros y alumnos, que suprime la "distancia" dogmática y pragmática, para establecer este fecundo, irremplazable hilo conductor de todo conocimiento, la simpatía, la amistad, la confianza entre el que aprende y el que enseña, suprimiendo entre los primeros el resto del "amor propio" de la crítica recíproca, y entre los segundos el de la intimidad mal entendida y peor aplicada. Así, lo que uno aprende es de todos, y lo que uno ignora lo tiene de los demás; pero de los que más aprenden es, en suma, el propio maestro por las continuas revelaciones

del elemento "amor" o "afecto" en punto de comprensiones, sugerencias y visiones de toda ciencia y arte.

¿Por qué ha dicho Leonardo de Vinci, que el camino de la sabiduría es el amor, y Beethoven la bondad, y el Tagore en "Sadhana" ha sentenciado que "no nos comprendemos porque no nos amamos, y no nos amamos porque no nos comprendemos"? Y la ciencia aplicada a la educación, por fin, nos aconseja ya sin discrepancia toda organización y método fundados en la identificación del alma del discípulo y su maestro. Asemejad la escuela a un hogar cálido de amores y amistades inquebrantables, y habéis resuelto el arduo problema sin más ecuaciones ni desvelos enciclopédicos. Habréis simplificado la más complicada cuestión política de los tiempos, con poner estas solas piedras en la base de toda escuela: afecto, amistad, confianza recíproca, para que los hombres se entreguen, se den, se ofrenden unos a otros, supriman entre ellos las distancias, los recelos, las ignorancias mútuas.

He nombrado al Tagore, y aunque ya los que me oyen o los que me leen conocen mi afinidad mental con el amado bardo hindú, debo decir aquí que él también tiene su escuela personal—su Shanti-Niketán, es decir su "casa de la paz" o del reposo—en Bolpur, en una apacible y confidente campiña, fundo de familia. Pero al ser "personal" su escuela, es "humana", porque su filosofía es esa, "la fusión del alma individual en el alma del todo, por la ley natural del amor que los identifica". El primer núcleo se cohesiona y solidifica en la escuela, por la constante acción del maestro—padre—sacerdote—amigo—hermano—compañero—poeta—músico, y cuando salen a la vida del estado y de la humanidad, no hay poder que pue-

da separarlos en estas diferenciaciones irreparables que solo el "odio" establece entre las criaturas.

La Argentina tiene su Shanti-Niketan menos personal, sin duda, pero no menos fecundo. El afecto, la amistad, la cooperación, entre alumnos y maestros, le dan su fundente poderoso, y por grandes que sean las fuerzas de los odios ancestrales y nacionales, ellos sabrán transformarlos por la sola virtud del principio inspirador de la democracia ulpiana—el de ser una caballería de afecto y de honor, de labor y de ideal, para el bien de la patria y felicidad del género humano y cada uno de sus jóvenes caballeros de hoy será, sin duda, en el porvenir, un cruzado invencible de la santa democracia del amor y de la ciencia.

Son los votos con que los saluda, en el 50º número de la revista INTER-Nos, el más devoto de sus amigos y compañeros.

J. V. GONZALEZ

Presidente de la Universidad,

La Plata, 23 de Noviembre de 1917.

(*Inter-Nos*. La Plata,)

Notas sobre la guerra

25 de Enero de 1916.

El cañón

Nunca miro un fusil con confianza, ni un cuchillo; armas son malvadas y de traición.

Pero el cañón es bueno. Porque no obedece a los hombres. El reglamento mismo lo confiesa, puesto que llama "sirvientes" a los artilleros. Los hombres no son en una batería sino comparsas, inclinados sobre papeles y signos, buscando adivinar el capricho de la pieza y congraciarse, como un augur interroga la divina voluntad.

Les imagino un alma sin matices, la que tal vez pueda tener un mastín. Una voluntad fuerte y leal, algo de catástrofe natural, un trueno menudo, reducido.

¡Inolvidable escándalo! Quien ha vivido los miserables segundos de espera, conoce el sentido de las palabras del Profeta sobre el puente que separa la vida y la muerte. La angustia no es de verla venir sino de esperarla; el minuto en que se piensa como "allá" hay un artillero que carga el cañón y un hombre que mide el ángulo y que bastará una mínima diferencia para que sea yo la víctima y no mi vecino. ¡Intolerable minuto! ¡Qué rara felicidad cuando el silbido anuncia que el Destino está ya dictado, que una Ley oscura ha señalado la víctima y que nada puede cambiarla! Morir más bien que este esperar interminable.

La música de las balas

Zumbido de abeja.

Las hay traidoras que vienen de donde no pueden venir. Las hay apresuradas en llegar como si las esperasen de nuevo en la colmena. Otras que vienen de lejos, parecen fatigadas, contentas de concluir su vida breve. Otras se rompen contra una piedra y parecen quejarse, como un gato herido, con voz gutural. Otras, en fin, pasan sin otro ruido que el golpe sordo de un cuerpo que cae.

Obstinadas, vendrán por grupos a quebrar su aguijón contra un guijarro, tan cerca, tan cerca, que me pregunto si me ven. He aquí la última. No me verán.

El organista

Es el cañón.....

Ladrado del 75.

La jauría estalla de repente en un inmenso ladrado. Primero las detonaciones secas como una tralla del 75. Luego, a intervalos lentos, como el grueso bordón en un repique, una voz de trueno. Parece que un invisible organista ensayara sus pedales para imitar en una música bárbara, la tempestad. Un ulular continuo y sin matices y el apoyo jadeante de la gruesa artillería. Luego, poco a poco, se callan los perros fatigados de ladrar a la luna y sólo esa gruesa voz puntúa un tiempo largo el silencio terrible, con una fuerza dogmática, como un argumento sin réplica, que sólo la repetición hace comprender.

Los artilleros dicen que tiene el alma fatigada.

La ametralladora

¡Un ruido mecánico, crispador, regular como un péndulo apresurado. ¡Como se siente la indiferencia!

Tic-tac, tac, tac, enervante como una costurera que trabaja afanosamente para aprovechar de los minutos. Tac, tac, tac. ¿Qué inmenso sudario cose esta máquina infatigable? Como la segadora, cata invisible la mies madura. Terrible cosecha.

JOSÉ GARCÍA CALDERÓN

† en Verdun, el 5 de Mayo de 1916.

(De la obra *Reliquias*. París. 1917.)

Repertorio bibliográfico

EL EJERCITO DE LA ILIADA

por Leopoldo Lugones

Buenos Aires, 1918

Vuele, con ropaje atheneico, sobre la oscura cañada donde la mediocridad guarda con siete llaves las clásicas bellezas de la antigüedad literaria, el anhelo de este heleno argentino que quiere para la juventud de su patria el noble remonte de la inteligencia hacia las altas fuentes de la civilización de nuestra raza. Por eso, en exaltación de la grandeza del poema homérico, ha leído páginas de singular maestría ante el Círculo Militar de la ciudad de Buenos Aires.

Que tiene el rutilante acero dos nobles formas para pelear combates de justicia y de libertad: pluma y espada. La espada, como símbolo del brazo, que es la acción; la pluma, como símbolo del pensamiento, mentor de barba florida de la acción. Y juntas, cuando la fronda del olivo da abrigo a los hombres, la espada y la pluma, la espada que calla y que escucha y la pluma que guía y que arenga, ennoblecen con su presencia una ciudad. Y en círculo tal de caballeros de espada, sensibles al reclamo bélico del águila y al halago de la alondra, del batallar y del canto, es gratisimo hablar de combates y héroes, y más grato aún, en la vasta y abnegada anonimia de las batallas de la época, dejar fulgurando los nombres de los héroes divinos que combatieron ante Troya priamida.

El libro contiene las más hermosas evocaciones de la vida de los guerreros que durante diez años, hasta la muerte de Héctor, domador de caballos, pelearon ante los muros de la patria de Paris. Aquí llega el deber de gallardía

y de belleza del guerrero, joven o anciano, que de hermosos varones maduros está poblada la Iliada como Grecia de nobles filósofos, "cuyas barbas canas prolongaban la sonrisa juvenil, como los mármoles retardan la luz en su blancura hasta después de haber entrado la noche"; la gallardía como expresión del valor, la belleza como exteriorización de una armonía que se vive en el alma. Desfilan los príncipes pretendientes de Helena y se desenvuelve la concepción de ser la Iliada un poema feudal destinado originariamente a ser cantado delante de los jefes y los príncipes, de las reinas y de las princesas y damas de honor. Pasa el desfile de los combates individuales o monomaquias entre los héroes, ante un ejército que permanece en la oscuridad, porque la masa popular no cuenta. Y luego se exponen las conclusiones de la crítica homérica, sin una cita engorrosa ni la pesantez habitual de la erudición, a pesar de que a cada momento se distingue el dominio perfecto de la ciencia de Miguel Bréal, que en su obra *Pour mieux connaître Homère* expone los hechos que le han conducido a las afirmaciones que Lugones ha hecho suyas con su maravilloso poder de asimilación, imprimiéndoles además el áureo prestigio de su tan personal estilo. La feudalidad y el aristocratismo del poema, la imparcialidad homérica, superior a la de los dioses mismos que se inclinan a favor de uno u otro de los héroes, la divinidad a éstos atribuida y la preeminencia de Héctor como procedente de una civilización asiática superior a la de los sitiadores de Troya, las confirmaciones arqueológicas de la realidad del episodio celebrado en la Iliada, la concepción de la patria en Homero, la cita del sueño infausto de Agamenón y de la imprudente proclama de éste, el cambio de armas entre Glaucos y Diomedes, todo esto se halla en Lugones y Bréal; pero hay un especial encanto en la manera como

Lugones dispone de todos esos materiales, seguro de sí mismo y de su interpretación de los hechos.

La topografía del campo de batalla es en sus fundamentos de Estrabón, pero Lugones le da una vida que es toda una visión de ensueño. Y este es uno de los caracteres más salientes del libro: la visión de formas en el mundo de las apariencias como resultante del poder de creación interior, proyectándolas hacia fuera: ya es la visión del héroe que cubierto de sus rútilas armas surge bello e imponente como una llama de bronce recortada en la tranquilidad azúrea del ambiente; cuando pasa Aquiles piensa Lugones: "Su destino es vencer, conforme a la creencia de todos los predestinados para el mando" y ha sido tan enérgica su visión que nosotros vemos detrás del Peleida, talladas en luz y en gloria, las figuras de Alejandro y César, de Napoleón y de Bolívar; ya es la visión del Escamandro, cuyas aguas agobiadas de guerreros muertos por la lanza de Aquiles, se revuelven indignadas y enfurecido el río persigue los aligeros pies del héroe divino hasta que el fuego de Vulcano hace cesar esa persecución de horror; ora es el paso de los carros de guerra en un vértigo de gritos y de polvo saturando el aire de olor de caballos y de salobre sangre; ora es el vuelo majestuoso de las divinidades, de Minerva, de Apolo, de Neptuno que "arrastra medio mar con una punta de su manto"; ya es finalmente la noble belleza de la muerte del héroe para quien morir es "dormir el sueño de bronce". Y a lo largo del libro, como a lo largo de una avenida de álamos y de pinos, se levantan las cosas, se levantan los hombres y se enderezan los fenómenos como en una procesión de visiones hacia una selva de incendio perdurable.

Y aquí y allá trasuntos del pensador que se contenta con dar mayor profundidad a su expresión haciéndola su-

gestiva. Dice: "Nada ha poseído una belleza tan armoniosa en todos los tiempos como la amistad del pájaro petulante y ligero con el rudo gajo que representa la fuerza del miembro estético formado por los dos. Los legionarios galos llevaban una alondra sobre sus cascos". Y así, jugoso de sentido, queda este último símbolo, que Rodó, en su amor de perfección y plenitud, seguramente hubiera des-
envuelto, perdiendo con ello en profundidad lo que hubiera ganado en rotunda perfección. Y en otra parte dice: "Esa exageración anacrónica cuyo sostén demanda absorciones injustas y excesivas del bien común, en razón directa de su progresiva anomalía, es lo que llamamos militarismo y combatimos a nombre de la civilización futura, oponiendo a la pesadumbre de su materia la palabra que es el viento del espíritu. La civilización es como el buque. Entre el mar que resiste y el viento que impulsa, su feliz equilibrio combina los dos elementos para la marcha. Pero las alas ya conquistadas por el hombre, han demostrado que el mar tampoco es imprescindible. Basta con el viento..." ¡Oh! sí, basta con el viento, este viento que se alza de todas partes, de las más elevadas inteligencias de la Europa que combate este absurdo materialismo que ha quedado reza-
gado y rencoroso en los retardatarios semisabios de oscuros rincones de la tierra. Sí, basta el viento, como que él, en su forma de amor de libertad de la humanidad empuja ese oceano de sangre viviente que se lanza a la conquista de la libertad y de la paz del mundo. Es este viento el que hace que en la batalla los mejores, los aristeos, se abalancen a las primeras filas, adonde es mayor el peligro y más fúlgida la gloria: en las batallas de la guerra como en los combates de la vida!

Y deja el libro una poderosa sensación de patrio amor y de heroísmo, erizamiento de heroísmo en el alma de

quien recuerda un Mayo argentino constelado de héroes, como esplendente Orión en la noche. Se nos quedan en los ojos reverberaciones de espadas y lejanas resonancias de bronce en los oídos, algo como un galope de bridones arrastrando el carro de Aquiles y el noble cuerpo de Héctor hacia las naves aqueas, tumulto armonioso de mar, antiguos clarines sonoros de Homero despertando a los héroes de su "sueño de bronce" en esta edad de peligro para la libertad y la civilización: tal se oye en las épicas páginas de Leopoldo Lugones.

ROBERTO BRENES MESÉN

28 de Abril de 1918.

Poema de un día

Meditaciones rurales

Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay saber,
aprendiz de rui señor)
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.
Invierno. Cerca del fuego.
Fuera llueve un agua fina,
que ora se trueca en neblina,
ora se torna aguanieve.
Fantástico labrador,
pienso en los campos. ¡ Señor,
qué bien haces! Llueve, llueve,
tu agua constante y menuda
sobre alcaceles y habares,
tu agua muda,
en viñedos y olivares.
Te bendecirán conmigo
los sembradores del trigo;
los que viven de coger
la aceituna;
los que esperan la fortuna
de comer;
los que hogaño,
como antaño,

tienen toda su moneda
en la rueda,
traidora rueda, del año.
¡ Llueve, llueve, tu neblina,
que se torne en aguanieve
y otra vez en agua fina,
llueve, Señor, llueve, llueve !

* * *

En mi estancia, iluminada
por esta luz invernal .
(la tarde gris, tamizada
por la lluvia y el cristal),
sueño y medito.

Clarea

el reloj arrinconado,
y su tic-tic, olvidado
por repetido, golpea.
Tic-tic, tic-tic... Ya te he oído.
Tic-tic, tic tic... Siempre igual,
monótono y aburrido.
Tic-tic, tic-tic, el latido
de un corazón de metal.
En estos pueblos ¿se escucha
el latir del tiempo? No.
En estos pueblos se lucha
sin tregua con el reló,
con esa monotonía
que mide un tiempo vacío.
Pero ¿tu hora es la mía?
¿Tu tiempo, reloj, el mío?
(Tic-tic, tic-tic)... Era un día

(tic-tic, tic-tic) que pasó,
y lo que yo más quería,
la muerte se lo llevó

* * *

Lejos suena un clamoreo
de campanas . . .
Arrencia el repiqueteo
de la lluvia en las ventanas.
Fantástico labrador,
vuelvo a mis campos. ¡ Señor,
cuánto te bendecirán
los sembradores del pan !
¡ Oh, agua buena, deja vida
en tu huida !
Oh, tú, que vas gota a gota,
fuente a fuente y río a río,
como este tiempo de hastío,
corriendo a la mar remota,
con cuanto quiere nacer,
cuanto espera
florecer
al sol de la primavera,
sé piadosa,
que mañana
serás espiga temprana,
prado verde, carne rosa,
más: razón y locura
y amargura
de querer y no poder
creer, creer y creer !

Anochece;
el hilo de la bombilla
se enrojece,
luego brilla,
resplandece.
poco más que una cerilla.
Dios sabe dónde andarán
mis gafas... Entre librotos,
revistas y papelotes,
¿quién las encuentra...? Aquí están.
Libros nuevos. Abro uno
de Unamuno.
¡Oh, el dilecto,
predilecto
de esta España que se agita,
porque nace o resucita!
Siempre te ha sido, ¡oh Rector
de Salamanca!, leal
este humilde profesor
de un Instituto rural.
Esa tu filosofía,
que llaman diletantesca,
voltaria y funambulesca,
gran don Miguel, es la mía.
Agua del buen manantial,
siempre viva,
fugitiva,
poesía, cosa cordial,
¿constructora?
—No hay cimienta
ni el alma ni en el viento—.

Bogadora,
marinera,
hacia la mar sin ribera.
Enrique Bergson. *Los datos
inmediatos
de la conciencia.* ¿Esto es
otro embeleco francés?
Este Bergson es un tuno;
¿verdad, maestro Unamuno?
Bergson no da como aquel
Immanuel
el volatín inmortal;
este endiablado judío
¿ha hallado el libre albedrío
dentro de su mechinal?
No está mal;
cada sabio su problema,
y cada loco su tema.
Mucho importa
que en la vida mala y corta
que llevamos,
libres o siervos seamos;
mas, si vamos
a la mar,
lo mismo nos han de dar.
¡Oh, estos pueblos! Reflexiones,
lecturas y acotaciones
pronto dan en lo que son:
bostezos de Salomón.
¿Todo es
soledad de soledades,
vanidad de vanidades,
que dice el Eclesiastés?

Mi paraguas, mi sombrero,
mi gabán... El aguacero
amaina... Vámonos, pues.

Es de noche. Se platica
al fondo de una botica.
—Yo no sé,
don José,
cómo son los liberales
tan puercos, tan inmorales.
—¡Oh, tranquilícese usted!
Pasados los carnavales,
vendrán los conservadores,
buenos administradores
de su casa.
Todo llega y todo pasa.
Nada eterno:
ni hay Gobierno
que perdure,
ni mal que cien años dure.
—Tras estos tiempos vendrán
otros tiempos, y otros y otros,
y lo mismo que nosotros
otros se jorobarán.
Así es la vida, don Juan.
—Es verdad, así es la vida.
—La cebada esta crecida
—Con estas lluvias...
—Y van

las habas que es un primor.
 —Cierto; para Marzo, en flor,
 Pero la escarcha, los hielos...
 —Y, además, los olivares
 están pidiendo a los cielos
 agua a torrentes.

—A mares.

—¡Las fatigas, los sudores
 que pasan los labradores!
 En otro tiempo...

—Llovía
 también cuando Dios quería.
 —Hasta mañana, señores.



Tic-tic, tic-tic... Ya pasó
 un día como otro día,
 dice la monotonía
 del reló.

Sobre mi mesa. *Los datos
 de la conciencia, inmediatos.*

No está mal
 este yo fundamental,
 libre a ratos,
 creativo, original;
 este yo que vive y siente
 dentro la carne mortal,
 ¡ay! por saltar, impaciente,
 las bardas de su corral.

A. MACHADO

(*La Lectura*, Madrid.)

A propósito de la guerra:

La profecía de Brandes

Tanto se ha hablado recientemente de profecías sobre la guerra actual,—profecías sacadas lo mismo de los más antiguos libros de la Biblia que de los más modernos pronósticos de Madame de Thèbes,—que no puede menos de interesar a todos leer el artículo que Brandes escribió en 1881, sin pretensiones proféticas, pero que ha resultado serlo mucho más que el Apocalipsis, los criptogramas de los monjes medioevales o las predicciones de las adivinatoras parisienses.

George Brandes, que es, aunque nacido en la pequeña Dinamarca, el mayor crítico literario de Europa, y además una gran influencia en el pensamiento político de Escandinavia, acaba de publicar un libro de artículos sobre la guerra (“The World at War”, es el título que lleva la traducción inglesa). Los artículos han sido escritos durante los últimos tres años; pero les preceden unos cuantos escritos antes de la guerra. El más antiguo de todos se escribió hace treinta y siete años, en 1881, y dice así:

“No creo que el socialismo, como partido, llegue al poder en Alemania antes de muchos años. Su influencia próxima se limitará a poner en ejecución las reformas obvias del “socialismo de estado” de Bismarck. Pero esta influencia, aun escasa como es, es de alguna importancia, y produce una situación muy ilógica, puesto que las doctrinas perseguidas en la sombra como “peligrosas para el estado” se procla-

man en la plaza pública como salvadoras de la nación. ¿Quién hubiera creído posible esto, aún hace dos años?

“Esto no implica, con todo, que se haya dado ningún golpe serio al espíritu conservador en Alemania. Al contrario, *el socialismo de estado, si se le quitan los principios fundamentales de fraternidad y gobierno propio, es naturalmente una doctrina contraria a la libertad.* La sostienen hombres de ciencia tales como Adolph Wagner, que comenzó siendo un secuaz de Rodbertus y de Lassalle, para terminar como creyente en la confusa noción del “Estado Cristiano” y defensor del impuesto indirecto. El que haya seguido la evolución de Alemania durante los últimos seis años ha podido notar la transformación de la juventud socialista en las Universidades. Durante los últimos años, los pocos intelectuales “rojos”, entre los profesores jóvenes, que comenzaron odiando la opresión gurbanamental y la hipocresía oficial y simpatizando con el hombre del pueblo, han cambiado completamente de actitud. Su fuego se apagó, su pólvora se agotó. Del apasionado celo de reforma sólo les queda la coja teoría del socialismo de estado. Y éste no difiere esencialmente del de los burócratas que aprueban el principio de que los ferrocarriles pertenezcan al estado, ni del de la clerecía oficial que utiliza el socialismo como medio de atacar a los liberales y de favorecer a la reacción embozadamente. El hecho de que esos hombres se expresen todavía con el vocabulario de su juventud, nada significa.

Y quitando estas excepciones, escasas y dudosas, los intelectuales de la generación joven SON TODOS REACCIONARIOS. Libres pensadores, en política, sólo se hallan entre hombres de sesenta años o más. Aunque la mayoría de los hombres son todavía libres

pensadores, o más bien indiferentes, en materia de religión, no parece que tengan dificultad o escrúpulo en asociar su actitud y hasta la idea de panteísmo, con el cristianismo oficial y el espíritu conservador en política. *Políticamente, los jóvenes son viejos, y sólo los viejos son jóvenes. El amor a la libertad, entendido a la manera inglesa, solo se encuentra en Alemania entre hombres de una generación que habrá desaparecido dentro de diez años.*

Y cuando ese momento llegue, *Alemania se quedará sola, aislada, odiada por los países vecinos: una fortaleza del espíritu conservador en el centro de Europa.* En derredor suyo, en Italia, en Francia, en Rusia, en Escandinavia, surgirá una generación llena de ideas internacionales y ansiosa de llevarlas a la práctica. *Pero Alemania se quedará atrás, vieja, medio asfixiada dentro de su armadura de hierro, armada hasta los dientes, y protegida por todos los recursos de matanza y defensa que la ciencia pueda inventar.*

Y entonces sobrevendrán grandes luchas y aún más grandes guerras. Si Alemania vence, Europa, en comparación con América, será en el orden político lo que hoy es el Asia en relación a Europa. Pero si Alemania pierde, entonces.....”

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.

(*El Figaro*. Habana.)

1918

Libro de instrucciones relativas al desarrollo de los nuevos Programas de Educación Primaria

por Omar Dengo

(*Continuación*)

CAPITULO I

EDUCACION MORAL

Es decir, el cuadro anterior demarca las direcciones de la actividad escolar, en cuanto ésta obedece al propósito de ser Educación Moral. Pero las mismas direcciones corresponden a todas las demás finalidades de la escuela: Educación Vital, (*física e higiénica*) Educación vocacional (*industrial, agrícola, económica, doméstica, etc.*), Educación avocacional (*estética, etc.*), Educación Cívica (*social etc.*)

Repetimos que los programas determinan los objetivos inmediatos de la Educación Moral,—siquiera lo bastante para que el maestro pueda edificar, sobre líneas definidas, la obra más conveniente a las condiciones y circunstancias concretas de su actuación.

En el primer grado, por ejemplo, el compañerismo y la obediencia son los propósitos centrales de aquella educación. ¿Cuál es ante ellos la tarea del maestro?

Dar conocimientos, formar hábitos, sugerir ideales;

ampliar los conocimientos, o fortalecer los hábitos en formación, cooperar al desenvolvimiento de los ideales. Lo propio expresan, abundantemente, los programas: "*conviene que adquieran (los niños) la práctica de virtudes y cualidades*"; "*se sugerirán y aconsejarán actitudes*" "*se hará aprovechar todas las ocasiones*"; "*semanalmente se les expondrá un propósito moral*"; "*hacer ejecutar, realizar, crear costumbres*", etc.

El problema es el mismo que surge al considerar la función del maestro por referencia a cualquier otro aspecto de la Educación. Sólo que tal función no supone la pasividad, ni una secundaria o inferior actividad del alumno. En otros términos, más que al alumno,—creación del maestro,—presupone al niño. Por donde se declara que la trasmisión de conocimientos, la formación de hábitos, la creación y sugestión de ideales, han de comportar la asistencia de toda la actividad, de toda la vida del niño, al desenvolvimiento y a la realización de los respectivos procesos. Vale decir que la escuela debe capacitar al niño para que adquiera conocimientos, para que dirija la formación de sus hábitos y concurra consistentemente al desarrollo de sus ideales. (*)

III.—CULTIVO DE FACTORES AUTOMÁTICOS.—La formación de hábitos demanda una inteligente y atenta

(*) Muchos maestros negarán enfáticamente la posibilidad de esa tarea ardua sin duda. Pero la negarán con la misma ilusoria autoridad que oponen al necesario triunfo de los programas y de toda otra iniciativa o empresa enderezada a libertar a muchas escuelas—y a muchas almas,—del oscurantismo, a veces indígena, en que viven.—Combatirán con el único argumento de una rutina de veinte o treinta años, que pretende significar experiencia por la sola razón de su alarde. Rutina menesterosa de la luz de un estudio serio, carente de aquella fundamental virtud del amor a una obra, en estudio y en desinterés siempre renovada y cada vez mejor.

Es oportuno insistir en que la escuela costarricense sólo ha comprendido durante mucho tiempo un aspecto de su finalidad: la trasmisión de conocimientos. Y sin preocuparse de cuáles sean los que más convenga transferir, ni

repetición de un acto dado, hasta que llegue a constituir una respuesta automática.

“Si un maestro desea que sus alumnos adquieran el hábito de la obediencia, debe fijar su atención en cada uno de los actos de ellos—de preferencia en los directamente relacionados con el hábito; debe suministrar frecuentes oportunidades al ejercicio del hábito; aprovechar las que se presenten; prevenir, cuando pueda, las violaciones.” Es obvio que este trabajo es incidental en la vida de la escuela, en el concepto de que sería absurdo dedicarle un período especial. El trabajo diario ofrece las situaciones oportunas.

Los principios que rigen el procedimiento son constantes, cualquiera que sea el hábito que se quiera implantar. La mayor dificultad reside en la supresión de las violaciones o contravenciones. Se resuelve, en general, evitando los estímulos capaces de provocarlas o mantenerlas, y por la advertencia de la posibilidad de tales contravenciones y la sugestión de los medios de eludir-
las. (*)

El método general para establecer un punto de vista, un juicio automático, es también una combinación de la instrucción y el ejercicio. A su través el maestro condu-

de casi ningún otro de los graves problemas que la instrucción plantea. Lo que ha contribuido con notoria eficacia a llevar la escuela al fracaso en que se expresa su acción sobre la vida política, económica, social, etc., del país.

Ni ha dado conocimientos, por lo común, ni ha conseguido cuando algo enseñó que ello adquiriese, si no el sentido de una orientación, al menos el de un impulso en la vida de las generaciones que concurrieron a sus aulas. Y la afirmación vale también con respecto a la Segunda Enseñanza. Esta y la otra enseñanza carecen de la fuerza que podría permitirles conquistar los resultados que la época requiere de toda educación. Y que por sobre todas, le compete producir a la escuela que atiende los intereses de la educación popular en una democracia.

(*) Las instrucciones incluyen un comentario acerca de ésta y otras cuestiones con ella relacionadas. En él se plantea concretamente el problema de la disciplina.

ce a los alumnos, sea a formular ellos mismos un juicio correcto, sea a interpretar y aceptar uno ya formado.

A través de la repetición consciente, de la ampliación, de la adecuada y oportuna aplicación, el juicio deviene habitual.

El tercer factor automático en el contralor moral, es el prejuicio. La aversión hacia lo que se juzga malo, el amor a lo que se cree bueno, son procesos mentales necesarios a una noble vida moral. Mas la simple recomendación, es ineficaz. El amor, la admiración, el entusiasmo, deben ser inspirado, y cultivados con amor, con admiración; por amor, por admiración, por entusiasmo. Cuando al juicio lo enriquece el sentimiento, la acción, la actitud resultantes, son mucho más positivas y fecundas. Para ser dinámico, el juicio necesita de un correlativo automatismo emocional. El arte de la sugestión da el método. Es decir,—se permite insinuar quien resume y adapta,—la grandeza moral del maestro se comunica,—transformada en inquietud, en aspiración, en preocupación,—cuando es capaz de compenetrar toda la obra del maestro,—sin excluir su más humilde palabra, su gestó más sencillo.

Un estímulo semejante, fecundo, lo contienen la historia, la literatura, la música, etc., enseñadas en forma que comunique su inspiración, su belleza. (*)

COMENTARIO.—Extenso, variado, quizá hasta inquietante sería si la índole de estas páginas no recabase otro.

En primer término, cabe explicar, más ampliamente los principios de la formación de hábitos. Siendo el fundamento de las lecciones de habituación, le dan al maes-

(*) Agregaríamos: todo estudio—ciencia o arte,—cuando se hace con el mismo espíritu, pleno de amor, que asistió a la creación de toda obra duradera, en ciencia, en arte y en... humanidad.

tro el dominio de aquellos elementos que integran la técnica de la enseñanza, en lo que ésta tiene de automático. Al margen de la Educación Moral, trataremos de la enseñanza de la caligrafía, de la lectura (mecánica) y de la aritmética. Cuanto a la última, de lo que concierne a las revisiones ("Se propondrán,—advierten los programas,—alcanzar cierto grado de automatismo").

El profesor Thorndike, con apoyo en James y en Bain, formula los principios de formación de hábitos como sigue:

I.—*En la adquisición de un nuevo hábito o el abandono de uno viejo, debemos proveernos de una tan fuerte y decidida iniciativa como sea posible.*

II.—*No debemos tolerar ninguna violación, sino insistir hasta que el hábito arraigue seguramente.*

III.—*Ejercítense el hábito. Aprovéchese toda oportunidad para practicarlos. Búsqense oportunidades.*

Para Bagley el principio más importante es éste: *los procesos que hayan de ser habituales o automáticos, deben ser primero focalizados.* Esto significa algo más de lo que entienden ciertos tratadistas.

(*Seguir*).

Metafísica y Ciencia

Palabras previas

La serie de escritos que estas palabras inician, contiene las anotaciones de un estudiante de Ciencias y Filosofía al margen del folleto de don Carlos Gagini, *La Ciencia y la Metafísica*.

Anotaciones o apuntes, porque en las condiciones de este estudiante, no le es por ahora posible ejecutar obra mayor. Luego, porque ello no desfavorece al presente trabajo en la comparación con los que, entre nosotros, suelen hacer los Maestros. Y porque apuntes y anotaciones como son, bastan al objeto de negar que en la obra que entienden combatir, pueda inspirarse la dirección espiritual de una juventud, ni la educación de un país. No se trata, pues, de conceptos que hayan sobrevenido al que va a expresarlos, por afán de publicidad, ni por móvil alguno que aduzca pasión o cualquier otro elemento extraño al tranquilo y acaso severo cumplimiento de un deber de cultura; que es decir, de civismo.

Nos han dicho que otro Maestro afirma que la obra del señor Gagini debe nutrir las preocupaciones, las inquietudes de la actual generación; y como hemos encontrado que esta obra es pobre de ciencia, de filosofía, de inspiración, nos proponemos demostrarlo,—muy respetuosamente. Con lo cual tal vez expresemos, en parte, el sentido de las corrientes centrales del alma de toda una juventud, ávida del consejo y la sugestión—que no del dogma—de nuevos y más vigorosos Maestros.

OMAR DENGÓ

Aranjuez. Mayo de 1918.

Notas

De una tarjeta del ex-presidente Roca, de la República Argentina, al periodista D. Mariano de Vedia, Director de *La Tribuna*:

Querido Vedia: Como a todos los que trabajan verdaderamente y tienen méritos reales les es agradable siempre una palabra sincera de aplauso y de justicia, le incluyo esos párrafos de Wilde. (En los que se hace un elogio del Sr. Vedia, y de los escritores americanos Agustín Alvarez y Leopoldo Lugones).

También me dice: "Los jóvenes becados, todo va bien, ya comienzan a llegar los informes de los directores de colegios. Señalan inteligencia, pero dicen que no son en general "word workers", fuertes trabajadores y estudiosos."

Es bueno transcribir este párrafo en "La Tribuna". Es el mal de la raza. Todo lo queremos conseguir sin esfuerzo. Lo necesario y eso apenas para llegar al diploma y al título—y el mundo es nuestro. Suyo, *Roca*.

Entre nosotros, a lo que descubro, la independencia nos ha impulsado sobre todo en la dirección de la actividad política, con sus ven-

tajas y desventajas: pero todavía no ha logrado despertar lo que tanta falta nos hace: el espíritu de asociación para vivificar otros múltiples aspectos de la compleja labor colectiva.—

Enrique José Varona.

Interesan las notas sobre la guerra que en este número se publican. Las suscribe José García Calderón, hermano de los conocidos escritores americanos Ventura y Francisco. Murió en el campo de honor de Verdún, a los veintiocho años de edad, el 5 de mayo de 1916. Por ello, Herodoto lo habría contado entre los mortales felices. Sin embargo, deploramos su temprana muerte, porque poseía un raro y excelente temperamento de escritor y artista. Así se revela en el cuaderno *Reliquias*, que D. Ventura, con un cariño que le agradecemos en el alma, ha tenido la bondad de remitirnos. Todo es interesante en *Reliquias*, la sección literaria y la artística. En la literaria, hay páginas antológicas; y tendremos el gusto de ir las dando a conocer a nuestros lectores.

x Se habla con frecuencia del alma nacional, de la conciencia nacional. Pero no se dice que hay que hacerla. Hacen la conciencia de un país, entre otros, los poetas y los artistas. De modo que su labor no puede sernos indiferente,

ni objeto de nuestros mediocres desdenes. Antes bien, debemos alentarla para que cada vez se realice mejor y sea más copiosa. Magníficos paisajes tiene nuestra tierra; hay mucha poesía en nuestros caminos; viven una vida interesante y heroica—por lo que tiene de sacrificio cotidiano—centenares de costarricenses. Pero todo esto pasa inadvertido, todo se ignora. Llega el poeta, llega el artista, y, piadosos, recogen estos momentos heroicos de una vida, este encanto fugaz del paisaje familiar y para siempre lo graban en la arcilla, en la tela, en la frase musical, en el romance, en el cuento. Y ya en lo sucesivo esa alma dispersa de la nación se perenniza, para enseñanza y consuelo y alegría de los que vengan a la zaga. Y esta es la deuda de gratitud que una nación tiene para con sus escritores y artistas. Por eso ellos, más allá de la tumba, siguen siendo sus guías, sus intérpretes, sus inspiradores. Nada más acertado, pues, que llevar a las escuelas primarias, los autores nacionales. En ellas, estos intérpretes aleccionarán a los niños en el amor y comprensión de la tierra nativa, de la patria en lo que ella tiene de espiritual y eterno. Y así, para nuestros niños, la nación costarricense será mucho más que los kilómetros cuadrados que señala el mapa. Por donde los artistas, como los maestros, son creadores de patria, hacedores de conciencia nacional.—*j. g. m.*

El maestro ante la democracia

En el pueblo de Gerardmer, en los Vosgos, casi sobre la frontera con Alemania, la Liga de la Enseñanza acaba de clausurar su congreso anual, con asistencia del presidente del consejo de Ministros Mr. Poincaré, del ministro de instrucción pública Mr. Guist'han y del ministro del interior Mr. Stecg.

La celebración de esta asamblea de maestros, algunos de los cuales ocupan las más altas posiciones del estado, efectuábase sobre la frontera con Alemania precisamente en tierra alsaciana, como una demostración del patriotismo francés, que cree encontrar su expresión más elocuente en la glorificación de la escuela. Es una respuesta sencilla y viril a aquella poderosa Alemania de Bismarck, quien atribuía los triunfos sobre Francia al maestro prusiano. La república reconoce esta verdad, y la abona con su actitud significativa. Así como las madres pueblan la patria que los soldados defienden, el maestro la construye. He aquí los tres elementos principales de la sociedad actual, que en la escuela está elaborando una mejor sociedad futura. Mejor, porque en ella el gobierno de los hombres no será sino un problema de enseñanza: el muy pacífico y amable problema de conducir por medio de la razón, conforme al adjetivo específico—*docente*—que así lo expresa, conciliando en tal forma la dirección inteligente de la sociedad con la libertad sin límites.

A esa significación general de la importancia de la escuela en la patria presente y futura, el gobier-

no francés ha añadido otra más elocuente si cabe.

Efectivamente, el primer ministro pronunció en el banquete de clausura su más importante discurso político, abarcando con él no solamente el asunto de la reforma electoral, que es la cuestión interna más interesante para la Francia, sino la defensa nacional, las relaciones exteriores y las cuestiones sociales.

No sólo encontraba en aquella reunión de maestros un auditorio digno de tales confidencias, sino, a juzgar por su predilección, el mejor de los auditorios.

Antes, estas declaraciones finalizaban los banquetes políticos. La feliz innovación de Mr. Poincaré, uno de los hombres más importantes de la democracia universal y del mundo entero, significa el reconocimiento práctico de esta verdad: que la república depende de la escuela. Sin un sistema pedagógico adecuado, que es precisamente el sistema racionalista de la verdad demostrada y de la disciplina puramente intelectual, es decir, entendida como una sistematización de los conocimientos, no como una imposición de determinada conducta por medios coercitivos—sin esto, decía, no hay república posible.

Con esto, los maestros que la forman, son los confidentes naturales del gobernante que la dirige, los mejores agentes de la política republicana; y convertidos por aquél en interlocutores y depositarios de sus propósitos, participan realmente de la obra democrática, apreciando mejor la responsabilidad que en ella le incumbe. Así, no son funcionarios pasivos en la ejecución de un programa cuya trascendencia no les concierne; sino colaboradores principales, autores de verdad, hombres de gobierno en una palabra.

Tal es el carácter que el maestro debe revestir en una democracia; pero no todo ello es obra gubernativa.

Si los educadores de Francia han alcanzado semejante consideración, es porque supieron mostrarse previamente dignos de ella. Hoy constituyen la entidad agremiada más poderosa en el género. Ninguna otra en el mundo tiene más influencia y tanto poder autónomo. Y es que su agremiación está impulsada por un ideal: la lucha contra el clericalismo para emancipar las conciencias, pues en ello estriba el ejercicio práctico de la democracia.

Hay otras más disciplinadas y más unidas, pues el magisterio francés no brilla precisamente por su disciplina gremial; más ricas, más fecundas en mejoras materiales. Ninguna, repito, alcanza tanta influencia ni gobierna tanto en realidad, sin excluir al mismo parlamento. Es que tiene una conciencia y un espíritu. No incurre en la cobardía egoísta de eliminar por sistema las cuestiones religiosas y sociales, o sea, precisamente, los más poderosos estímulos de toda actividad conciente. No entiende que los socorros mutuos han de ser puramente materiales, pues sabe que el hombre civilizado vive más de ideas que de pan. Comprende que el constructor de una democracia, no puede ser indiferente a las ideas que la perjudican o benefician.

Y por esto la consideran los gobernantes, y así es como gobierna con ellos en la democracia de hoy, preparándose para reemplazarlos en la democracia de mañana.

LEOPOLDO LUGONES

París, Julio de 1912

Correlaciones

La mano blanca del niño sacudiendo su gorra de lino abatió la mariposa de color de púrpura y al punto se levanta el doloroso lamento de los árboles frutales del huerto cuya flor oliente se morirá infecunda, y sufrirá hambre y necesidad el campesino, será más alto el precio de la fruta en el vecino mercado, y el niño de la gorra de lino carecerá de ella tres meses después.

La ligera inclinación del eje de la Tierra ha determinado las formas de la Civilización presente y nuestra presencia en el Universo la decretó el Zodíaco.

Poco vale relativamente la ciencia que intente prescindir de estas íntimas y al mismo tiempo lejanas correlaciones de los fenómenos y de las causas que los generan. Sin la filosofía que asegura la unidad intrínseca y fundamental de las ciencias, serían éstas azulejos disgregados de un caleidoscopio universal.

Sólo por las conveniencias del análisis, por la natural división del trabajo, se tajan fragmentos del Universo para constituirles en objetos especiales y separados de las ciencias; pero quien se olvide del conjunto, de la euritmia total carece de la mentalidad del verdadero hombre de ciencia para convertirse en el erudito, en el especialista sin horizontes, colaborador de la ciencia, a veces de inestimable valor, pero que no es el hombre de ciencia.

En el flujo perpetuo de las cosas no hay posibilidad de separar un instante de los demás, ni un grupo de fenómenos del vasto conjunto que compone la infinita concatenación de ellos en la perdurable armonía del Cosmos.

ROBERTO BRENES MESEN

Los grillos de Pilar

[*Este trabajo hace parte de un librito titulado LAS COCCINELAS DEL ROSAL, que en breve publicará el Sr. García Monge.*]

¡Cuánta alma es menester para amar y entregarse a la soledad! Solos estamos mientras el pensamiento gallardéase por el espacio invocando serenamente la sabiduría del Universo. No lo enfurecen ni desorbitan las voces de ningún ciclope herido, porque en esos astros del cielo halla "la perpetua presencia de lo sublime". Serérese, Madre buena. Siéntase superior a esta soledad agresiva para Ud. Abra bien sus ojos y déjelos apoderarse del último poco de luz que la tarde se esfuerza en conservar sobre la tierra. Siga tejiendo el hilo blanco acompañada del canto sutil del grillo. No melancolice recordando tiempos de riquezas incomparables. Siga su labor de tejedora.

¡Ah, Madre buena, cuánta alma es menester para amar la soledad!

Es voz de mujer, suave y delicada, la que en el corredor de una casilla solitaria repite al atardecer estas palabras. Se llama Pilar, pero las gentes la llaman Pilar la que pinta. Fué rica en otro tiempo. La sólida riqueza de los abuelos cubrió de lujo los lugares y las cosas en su derredor.

Fuese extendiendo hasta los resquicios de la vida que exigen sencilla actividad. Comodidades que adormecen y recogen energías que hunden en pliegues falsos en donde un gusano roedor devora sin cesar. Pilar crece en este mundo cargado de dineros que se tienden a lo largo de su vida para sostenerla con orgullo. Es niña única en la casa y cada deseo suyo ha de ser altivo y la riqueza obediente debe levantarse hasta volverlo realidad. Que juegue, cante y pinte como hija de gran señor.

Para qué maltratarla. Hay tanta comodidad que podrá envejecer refrescando a cada instante sus gustos y siempre quedará oro que guardar. No, no debe trabajar, será cuidada con afán y caminará por el mundo como las mariposas chupando sólo miel. Así creen lo abuelos de Pilar, y costosos tapices cubren su casa, suntuosos muebles y ricos adornos se agregan a las paredes y pisos para sustituir los viejos, incapaces ya de embellecer aquella mansión de reina. Sedas y encajes visten en toda oca-

sión su cuerpo de chiquilla querida. Crece Pilar y nada ha disminuído el amor de sus abuelos y de su madre, que orgullo siente de criarla como una flor.

Sin embargo, las riquezas abundantes de su casa no taladraron su alma. Las miró con serena reflexión y sólo dejó que recubrieran su sendero como nubes que en las tardes se agrupan junto al sol a colorearse y lucir unos instantes. Vió grandes nubes presentando bellas formas para que los rayos de su alma las colorearan. Y como el sol, no fué recatada y brilló amorosamente sobre el conjunto de riquezas de sus abuelos. Las calentó y dió colores sutiles y delicados, segura de que siendo nubes sólo brillarían por reflexión y muy enseguida desaparecerían. Ni una sola logró adentrarse en su vida. Vivieron sostenidas por rayos de luz que una tarde se recogieron con serenidad. Vientos fuertes agitaron y todas se fueron temblorosas y descoloridas, sin poder aprisionar ni una porción de color. El sol grande de su alma se ocultó y brilló en otros lugares.

Porque un día desaparecieron todas las comodidades. La abuela enfermó y murió. Gentes codiciosas acudieron en demanda de la hacienda. No quisieron perdonar ni un céntimo de la deuda, acapararon casas y sembrados. Sin embargo fueron algo compasivos, regalaron a la madre de Pilar los muebles viejos que no hallaron comprador y una casuca de adobes. Casa estrecha y solitaria que fué en tiempos pasados habitación del mandador y criadero de cerdos y de patos. Pobre casa alejada de la ciudad, a la orilla del camino pedregoso. Casilla buena, compañera del río incansable en movimiento, del río creador de sapos y de ranas. Humilde casita, compañera de Pilar la que pinta.

Es muy sencilla, apenas tiene tres habitaciones incluyendo la cocina y un único corredor formado por el ancho alero del tejado, desde donde se miran los potreros vecinos y las montañas lejanas. Todo es reducido y tosco, las paredes pintadas con ocres amarillosos, los pisos de pura tierra aplanados a fuerza de pisón, las puertas gruesas como de cuartel, las ventanas anchas y sin vidrios. ¿En qué forma acomodarse? Lleva Pilar tantos cuadros pintados en casa de los abuelos, que bien alcanzan para recubrir la casilla entera. A falta de lujosos muebles que adornen los cuartos pequeñillos, buenos son paisajes y retratos colgados de las paredes. Todos han de ser colocados: unos irán a la cocina, otros a la sala, otros al corredor. Nada importa que no tengan sillones que agreguen comodidades a la casa. Cuando alguien venga a visitarla, ella le ofrecerá un sencillo banco desprovisto de cueros y resortes. Cuando necesite pintar o estudiar, mantendrá recta su espalda y así que el cansancio la fatigue se apoyará en la pared. Desde el corredor mirará la montaña azul y oyen-

do el canto del grillo pensará en él. Plantará flores y podrá así agregar una belleza más a su alma y a su casa.

Es mayo y Pilar y su madre están recogidas en el sosiego de esta casa humilde. Han blanqueado las paredes y aseado hasta el último rincón. El problema de los cuadros fué solucionado: hubo espacio para todos. Quedaron distribuidos como en los salones de los grandes museos. Hasta la cocina figura como salón de primera categoría. Multitud de enredaderas comienzan a enroscarse en cañas de bambú; para julio habrá abejas recogiendo miel en corolas moradas. Pilar es maestra de dibujo, consiguió esa plaza en la escuela del pueblo vecino. Con los dineros que gana viven ella y su madre muy sencillamente. Dedicar a las tareas escolares las horas del medio día. En las mañanas pinta y en las tardes agranda su vida pensando en la multitud de seres del camino que han prendido delicadas sensaciones en su alma.

Estos niños, piensa Pilar, a quienes enseño a dibujar son evocadores de mi vida pasada en casa de los abuelos. ¿Qué melancólico regocijo atavía el alma cuando hundimos el pensamiento en ese diminuto y profundo mar de nuestros días de escuela! Este alegre y sincero regocijo que va adentrándose dulcemente en el corazón. Hay que dar flores a la maestra.... es tan buena. La seriedad tiende rígidos hilos sobre nuestra almilla pura. El buen pensamiento va maliciosamente desplegando sus antenas como las del grillo cantador, y visita las flores del jardín propio, no para hundirse en sus olientes corolas a robar miel y polen sino a hacer un atropellado recuento: "La mata de rosas que está junto a la camelia tenía esta mañana dos rosas abiertas y tres botones; la dalia tinta tenía como seis flores; los claveles de la era de mamá estaban llenos; las violetas estaban cundidas. ¡Un lujoso ramo!"

Mas a veces no hay jardín en la casa propia. ¿Qué hacer?.... ¿Venir en la tarde sin flores para la maestra?..... No, no puede ser. La seriedad teje entonces hilillos aún más rígidos con que aprisiona el azogue de nuestro corazón. Recorremos todo el camino, desde la escuela hasta la casa, callados, con los útiles bajo el brazo, rumiando un peligroso plan: "¿Será justo que sólo yo no lleve flores?.... En el jardín vecino se están perdiendo, y allí no hay niños de escuela y los dueños no las regalan porque prefieren venderlas". Y nuestro inquieto corazón salta del pecho muchas veces al recuerdo punzante de las flores del vecino. Por fin salimos decididos de la casa propia y rodeando el huerto ajeno, saltámoslo y puestos al instante junto a rosas esponjadas, desgajámoslas llenos de congoja hasta que un ligero ruido que tiene profundo eco en nuestra zozobra, nos hace huir. Y la última rosa que luce gentilmente en el ramo